
EL PATRIOTA COMPOSTELANO.

VIERNES 15 DE DICIEMBRE DE 1809.

Sevilla 22 de Noviembre.

MANIFIESTO DE LA JUNTA SUPREMA DEL REYNO A LA NACION ESPAÑOLA.

ESPAÑOLES: Nuestros enemigos anuncian como positiva su paz con la Alemania, y las circunstancias que acompañan esta noticia le dan un carácter de certeza que dexa poco, ó ningún lugar á duda. Ya nos amenazan con los poderosos refuerzos que suponen marchando para consumir nuestra ruina: ya fieros y soberbios con el aspecto favorable que han tomado para ellos las cosas del septentrion, se atreven á batir nuestro pecho para ver si en él tiene entrada la vileza; y pérfidamente humanos nos exhortan á que nos salvemos recurriendo á la clemencia del vencedor, y doblando el cuello á su yugo.

¡Insolencia de hombres nunca vista! ¡Descaro sin par, que no tendrá crédito en la posteridad á pesar de los monumentos públicos que llegarán hasta ella! ¡Osan aun estos bárbaros impu-
tarnos los males que sufre esta region por su agresion escanda-
losa, y nos hacen responsables por los que nuevamente van á caer sobre ella si prolongamos nuestra resistencia! Mas ¿desde que tiempo se quexan las victimas inocentes de la ferocidad con que el sacrificador inhumano las martiriza? Muy pronto olvidaron estos declamadores quando entraron sus exércitos en España, como entraron, que puestos ocuparon, qual fue la señal que dieron del combate, y toda esa serie de atrocidades gratuitas y sin exemplo que cometieron con nosotros. ¿Piensan ellos que porque en sus corazones degradados no hay mas que villanía quando son flacos, y atrocidad quando fuertes, los ánimos españoles decaerán de sus justas y altas esperanzas porque les falte aquel

apoyo? ¿Quién les dixo que nuestra virtud es de tan pocos quilates? ¿Nos pone la fortuna obstáculos mayores? Redobla-
remos nuestros esfuerzos. ¿Hay mas trabajos y mas peligros? Ad-
quiriremos mas gloria.

No, siervos de Bonaparte; no perdais el tiempo en vanas su-
tilezas que ya á ninguno engañan. Decid francamente: *Queremos
ser los más iníquos de los hombres, porque juzgamos ser los más
fuertes*: este lenguaje aunque bárbaro es conseqüente, y entién-
dese; mas no intentéis persuadirnos que el olvido de los derechos
propios es saber, y la cobardía prudencia. Supuesto que vuestra
perversidad nos ha colocado entre la ignominia y la muerte ¿qué
quereis que una Nacion magnánima resuelva, sino defenderse
hasta morir primero que consentir en una sumision tan afren-
tosa? Robad, matad, talad y destruid: veinte meses ha que es-
tais haciendo lo mismo. Con que fruto, vosotros lo sabeis: sa-
benlo las provincias que ocupais, donde á proporcion de las he-
ridas que derramais sobre ellas crece la aversion insuperable con
que os miran, y el rencor vengativo y eterno que á cada momen-
to os juran.

¿Ceder! ¿Saben bien esos sofistas lo que aconsejan al pueblo
de mas pundonor sobre la tierra? Mengua fuera sin exemplo en
los anales de nuestra historia, que despues de tan admirables es-
fuerzos, y de sucesos tan increíbles, cayésemos á los pies del es-
clavo coronado que Bonaparte nos envía para rey. ¿Y para qué?
Para que del seno de sus festines impios, de entre los rufianes
viles que lo adulan, y de las inmundas prostitutas que lo acom-
pañan señale con el dedo los templos que se han de abrasar, las
heredades que se han de repartir entre sus odiosos satélites, las
vírgenes y matronas que se han de llevar para su serrallo, los
mancebos que se han de mandar en tributo al *Minotauro frances*.
No nació, no, para mandarnos este hombre impotente y nulo,
que se dexa apellidar filósofo, y consiente que en su nombre y
á su vista se cometan tan inauditas atrocidades: que pretende sin
pudor, á costa de la sangre de hombres que lo desprecian, do-
minar sobre los pueblos que unánimemente lo detestan.

No penseis, Españoles, que la Junta os habla asi para exci-
tar vuestro valor con expresiones artificiosas. ¿Qué necesidad hay
de palabras quando las cosas hablan por sí mismas con tan po-

derosa energía? Vuestras casas estan demolidas, vuestros templos deshechos, vuestros campos talados, vuestras familias ó vagando dispersas por los campos ó precipitadas en el sepulcro. ¿Tendremos hecho tantos sacrificios, habrá la llama de la guerra devorado la mitad de la España, para que vergonzosamente abandonemos la otra mitad á la paz mucho mas mortífera que los enemigos le preparan? No hay pues que lisonjearse con el aparato impostor de las mejoras que los franceses publican. El Tártaro que los manda ha decretado que España no tenga ni industria, ni comercio, ni colonias, ni poblacion, ni representacion política alguna. Vasto y solitario pasto, donde se erien ganados que surtan las fábricas francesas de nuestras preciosas lanas: vivero de hombres para llevarlos al matadero: miseria, ruina, degradacion en todos los términos de la Península: tal es el destino que se quiere dar al pais mas favorecido del Cielo. Y aun quando llegase á tanto nuestra indiferencia que abandonásemos tan preciosos intereses ¿podríamos consentir en la destruccion total de la santa Religion en que nacimos, y que en todos nuestros actos civiles y políticos hemos jurado conservar? ¿Abandonaremos por ventura el interes del Cielo, y la Fe de nuestros padres á la irrision sacrílega de esos foragidos frenéticos; y la Nacion española conocida en todo el mundo por su fervorosa piedad, desamparará el Santuario que siete siglos continuos, y á costa de mil y mil combates defendieron nuestros mayores de la impía ferocidad de los sarracenos? Si tal hiciésemos, las victimas que han perecido en esta memorable contienda levantarían la cabeza, y nos dirían: *¡Pérfidos! ¡Ingratos! ¿Será en vano nuestro sacrificio? ¿Mencabareis nuestra sangre?* No, valerosos Patriotas: descansad en paz, y este temor amargo no perturbe el sosiego de vuestros sepulcros. Vosotros, con vuestro glorioso exemplo nos enseñasteis nuestra obligacion primera, y estamos bien convencidos de que la paz á que debemos aspirar no está atras; está delante de nosotros. Á fuerza de guerra y de combates, á fuerza de valor y de osadía, se ha de conseguir aquella tranquilidad, aquel sosiego de que esos alevosos nos despojaron. ¿Tememos acaso morir? Ya murieron otros primero, y con su fin sellaron el grande juramento que todos hicimos. ¿Quien nos eximió de él? ¿Quien deshizo aquella alianza de gloria y de peligros á que todos nos

sugetamos? Nuestra Patria está devastada: nosotros insultados, y tratados como un rebaño que se compra, se vende, y se degüella quando se quiere: nuestro Rey..... Españoles: ¿Queréis que en vuestros pechos hiervan el ardor y la energía que conducen á la victoria? Recordad el modo alevoso y vil con que ese abominable usurpador lo arrancó de nuestras manos. Aliado se llamaba, protector suyo, su amigo; y al darle el beso de paz, sus brazos son lazos de serpiente que encadenan á la inocente víctima, y la arrastran á la caverna del cautiverio. Semejante perfidia, desconocida en la civilizacion moderna, y apenas usada entre bárbaros, estaba reservada en daño de nuestro Monarca. Allá está gimiendo en la soledad, devorando pesares, rodeado de satélites y espías el objeto idolatrado de vuestras esperanzas, aquel que destinásteis para la gloria del trono, para que os gobernase inspirado de la beneficencia y de la justicia: vedlo á todas horas volviendo los dolorosos ojos á su Patria, única madre que el infeliz ha conocido en el mundo: oídlo en su tribulacion implorar el valor de sus queridos Españoles, y pedirles ó libertad ó venganza.

No hay paz: no puede haberla en quanto las cosas así subsistieren. Que España sea libre, fué el voto universal de entonces, que España sea libre es el voto nacional de ahora. Si por fin no lo consigue, quede hecha á lo menos un inmenso desierto, un vasto sepulcro, adonde amontonados los cadáveres franceses y españoles ostenten á los siglos futuros nuestra gloria y su escarmiento.

Mas no es la suerte tan enemiga de la virtud, que no dexé á sus defensores mas que este término funesto. Escrito está en el Cielo, y la historia de los siglos lo atestigüa, que el Pueblo que decididamente ama su libertad y su independencia acaba por conseguirlas, á despecho de todas las artes y de toda la violencia de la tiranía. La victoria que tantas veces es un don de la fortuna, tarde ó temprano es la recompensa de la constancia. ¿Quién defendió las pequeñas repúblicas de la Grecia de la bárbara invasion de Xerxes? ¿Quién reconstruyó el Capitolio quasi despedazado por los Galos? ¿Quién lo salvó del fulminante brazo de Annibal? ¿Quién en tiempos mas próximos escudó los Suizos contra la tiranía Germanica, y dió la independencia á

Holanda, á pesar del poder de nuestros abuelos? ¿Quién es en fin el que inspiró ahora al pueblo tirolés esa resolución heroica con que rodeado por todas partes de enemigos, abandonado de sus protectores, y escuchando solo su horror á los tiranos, ha sabido desarraigar los árboles y los peñascos de las montañas, y deshacer con ellos los batallones del vencedor de Dantzick? Sigamos impávidos su exemplo: la misma situacion es la nuestra, el mismo ardor nos anima, iguales esperanzas deben asistirnos. El Dios de los exércitos, por quien lidiamos, nos cubrirá con sus alas, y agradao del ademan firme y entero con que hemos arrostrado la adversidad, nos conducirá por entre los peligros y los precipicios al solio de la independéncia.

Españoles: la Junta os hace este anuncio francamente, porque no quiere que ignoreis ni un momento el nuevo riesgo que amenaza á la Patria: anunciadlo con la confianza de que en vez de desmayar, como nuestros enemigos presumen, vais á cobrar nuevas fuerzas, y á haceros mas dignos de la causa que defendéis; y de la admiracion del Universo: anunciadlo, porque constituida en la sagrada obligacion de salvar el Estado, y segura de que el voto unánime de los Españoles es ser libres á toda costa, ningún medio por violento, ningún recurso por extraordinario, ningún auxilio por privilegiado dexará de ponerse en movimiento para rechazar al enemigo.

Arrojanse al mar los tesoros para aliviar á los navíos en la tormenta, y salvarlos del naufragio: los muebles mas preciosos, las ropas mas ricas se entregan á la voracidad de las llamas para pasar por cima de ellas, y escapar de los incendios. Así nos hallamos nosotros: arde el Estado; la Patria zozobra: fuerzas, riquezas, vida, saber, consejo, quanto tenemos es suyo. ¿Y podríamos dudar un momento en poner todo á sus pies para la salvacion y la gloria? ¿Muera el egoista vil que falta á su deber, y esconde lo que debe á sus hermanos para la defensa comun! ¿Muera mil veces el perverso que abusare por su interes particular de este desprendimiento universal! El Estado los perseguirá como traidores, y donde no se inflamare la llama del entusiasmo, es fuerza que haga prodigios la hoz del terror. ¿Pues qué? Nuestro enemigo no ómite medio alguno para destruirnos; ¿y nosotros respetaremos alguno para defendernos? Hay

provincias que han sabido arrojar á los enemigos de su seno; ¿y las que han tenido la fortuna de no haber sufrido semejante azote, no arriesgarán todo para eximirse de él? ¿Nuestros valientes Soldados á la inclemencia del cielo, sufriendo el rigor del invierno, los ardores del estío, y careciendo hasta de lo mas necesario para la vida, habrán ya sustentado dos campañas, arrojando los peligros y la muerte en cien batallas que tienen dado; se preparan para dar otras sin intimidarse, ni por el número, ni por la pericia, ni por la fortuna de nuestros enemigos; y nosotros quietos en nuestros hogares, nosotros que debemos á su consagracion heroica, y á sus incalculables fatigas nuestra seguridad y defensa; nosotros aspiraremos á guardar nuestras riquezas, á no disminuir ni el menor de nuestros regalos?

Nuestra es la victoria, nuestra, si sabemos poner en la continuacion y conclusion de esta empresa aquel entusiasmo sublime con que la comenzamos. De los esfuerzos de todos, de los sacrificios de todos se debe componer esta masa colosal de fuerza y de resistencia que tenemos de oponer al embate de nuestro enemigo. ¿Qué importa en tal caso que él precipite de nuevo sobre nosotros las legiones que le sobran en Alemania, ó el enxambre de conscriptos que trata de arrancar ahora á la Francia? Con 80000 hombres menos comenzamos la guerra; con 200000 mas la comenzó él. Que los reponga, si puede, que los envíe, ó los traiga á esta region de muerte, tan funesta á los opresores, como á los oprimidos. Nosotros acrecentando á la experiencia de dos campañas la fuerza de la desesperacion y de la rabia, daremos á esas falanges de bandidos el destino que han tenido las primeras, y las tierras abonadas con su sangre nos pagarán con usura los frutos que nos han talado.

Si los Monarcas del Norte olvidados de lo que son, y de lo que pueden, consienten en quedar siervos del nuevo Tamorlan; si á costa de largos siglos de infamia compran el sosiego de un momento, hasta que les llegue el turno de ser devorados tambien. ¿Qué nos importa á nosotros que somos un Pueblo Grande, y estamos resueltos á perecer ó triunfar? ¿Por ventura quando alzamos hay veinte meses el brazo contra la tiranía, fuimos pedir su consentimiento á ellos? ¿No entramos en la lucha so-

los? ¿No sustentamos una campaña solos? Recusóse á acreditarlo la Europa quando lo oyó; quando lo oyó juzgólo una llamada efimera y temeraria; y al considerar ahora los efectos de nuestra constancia, y nuestra magnanimidad en medio de los reveses que nos han atribulado, lo considera como un fenómeno prodigioso en la série de los acontecimientos políticos. Continúe á contemplarnos con admiracion como debe, ó si quiere con terror. Ninguno de los apoyos esenciales á nuestra defensa nos falta. Cada día se estrecha mas nuestro enlace con la América, á cuyos auxilios tan oportunos como generosos debe tanto la Metrópoli, y en cuya lealtad y zelo está encerrada una gran parte de nuestras esperanzas. Dura y durará la alianza que pactamos con la Nacion Británica, que prodigando por nosotros su sangre y sus tesoros, se hace acreedora de nuestra gratitud, y del reconocimiento de los siglos. Hallen pues cabimiento las maquinaciones de la intriga, ó las sugestiones del miedo en Gobiernos débiles, ó en gabinetes estragados: ajústense en buena hora unas paces ilusorias para el que las da, vergonzosas para el que las recibe: desamparen en buena hora esos grandes Potentados la causa pública de las Naciones civilizadas; y abandonen inhumanamente sus aliados. El Pueblo, el Pueblo español se mantendrá solo en pie, en medio de las ruinas del continente europeo.

Aqui es donde se desenvaynó, para nunca recogerse, la espada del rencor contra el exécrable tirano: aqui es donde está levantado, para nunca abatirse, el estandarte de la independencia y de la justicia. Acudid todos á ella, quantos en la Europa quereis vivir exéntos de tan abominable yugó. Los que no podeis hacer pacto con la iniquidad, y os indignais de la desercion mortífera y cobarde de esos príncipes ilusos, venid para entre nosotros. Aqui el valiente tendrá ocasiones de adquirir verdadero honor: el sabio y el virtuoso tendrá respetos, los afligidos asilo. Es una nuestra causa, uno sea el peligro, una la recompensa. Venid, y á despecho de todas las artes, y de todo el poder de este déspota inhumano, vereis como contrastamos su estrella, y sabemos hacernos nuestro destino. = Real Alcázar de Sevilla 21 de Noviembre de 1809. = *El Arzobispo de Laodicéa, Presidente.* = *Pedro de Rivero, Vocal Secretario general.*

